

A.C.N. DE P.

AÑO XX

Madrid, 15 de diciembre de 1944

NUM. 342

ASAMBLEA REGIONAL EN VALENCIA

ASISTIERNON REPRESENTACIONES DE LOS CENTROS DE LA REGION LEVANTINA

El día 3 de noviembre próximo pasado, a la salida de la tanda de ejercicios que dirigió el reverendo don Angel Herrera, se celebró la Asamblea regional del Centro de Valencia, con asistencia de los propagandistas del mismo y representaciones de los Centros de Alcoy, Játiba, Onteniente y correspondencias de Burriana y Gandía.

Presidió el acto el reverendo señor Herrera, acompañado del visitador, te-

mos se refiere como a las más notables manifestaciones exteriores del apostolado. Entre éstas destaca la organización de la colecta para la Limosna del Papa en Burriana y la moralización de las costumbres en Onteniente, así como la organización de la Acción Católica en Gandía.

Habló luego el secretario del Centro de Valencia, quien dijo que ya que en la última Asamblea, celebrada en el mes

ñero antiguo y queridísimo de todos, cuya presencia era un recuerdo y un estímulo para el Centro de Valencia, transmitiese, en nombre de todos, un cordial saludo a nuestro Presidente, con la expresión de la incondicional adhesión del Centro.

Juan Villalonga hizo en seguida uso de la palabra, felicitando al Centro de Valencia por su labor pasada y sus propósitos actuales, teniendo un afectuoso recuerdo para Luis Campos, el que fué secretario general ejemplar y sigue siendo ejemplo y sin duda ayuda eficaz desde el cielo. Se refirió al especial interés del Presidente por el Colegio Mayor de San Pablo, indicando la conveniencia de que todos hagamos ambiente en favor de él, ya que debemos considerarlo como obra común y una de las más firmes esperanzas para el futuro de la Asociación. A continuación habló de la consigna presidencial del curso presente, que es un llamamiento a la acción, haciendo resaltar la conveniencia de que el Centro actúe como tal.

Por último, el reverendo don Angel Herrera expresó su satisfacción por el estado de los Centros representados en la Asamblea y exhortó a los allí reunidos a trabajar por una intensificación de la vida de piedad, de donde ha de salir la energía para el apostolado.



Don Angel Herrera, don Juan Villalonga, tesorero de la Asociación, y don José Barcia Goyanes, secretario del Centro de Valencia, con los propagandistas que asistieron a la Asamblea regional

sorero general de la Asociación, don Juan Villalonga Villalba; del consiliario del Centro, reverendo señor don Vicente Garrido, y del secretario, Juan José Barcia Goyanes. Después de las preces de ritual comenzó el acto con la elección de dos puestos vacantes en el Consejo, por haber sido nombrados José María Haro y José Duato Chapa consejeros por el secretario, en uso de sus atribuciones reglamentarias. Fueron elegidos por gran mayoría Francisco de Asís Bosch Arifo y Antonio Pons, de Gandía, habiendo obtenido votos Camps, Lázaro y García Guijarro. Los nuevos consejeros pasaron a ocupar sendos puestos en la presidencia.

A continuación, los representantes de Alcoy, Burriana, Gandía, Játiba y Onteniente, Sorolla, Feliú, Pons, García Buades y Mompó, respectivamente, dieron cuenta de la marcha de los respectivos Centros y correspondencias, tanto por lo que a la vida externa de los mis-

de julio después del último retiro reglamentario, había tenido que entonar el "Miserere" en nombre propio y del Centro, haciendo un recuerdo de las pasadas negligencias, en esta quería cantar el "Magnificat", agradeciendo al Señor el que se hubiese dignado utilizar a los miembros del Centro de Valencia para tantas obras hechas a su mayor honra y gloria. Resumió la labor realizada en el curso pasado, en la que sobresale la organización de la Asamblea de la Rama de Hombres de Acción Católica, la de la Junta diocesana, la del Instituto de Cultura Religiosa Superior y la de la Limosna del Papa, obras todas en las que tuvieron señalada intervención los propagandistas. Recuerda las conclusiones, ya estudiadas en el primer Círculo de Estudios del curso, de la Asamblea de Loyola y los propósitos que en relación con ellas formulaba, interpretando los deseos comunes, y terminó rogando al visitador, Juan Villalonga, compa-

Temario del Círculo de Estudios del Centro de Madrid

"Los hombres públicos del siglo XIX ante el problema político y religioso español"

Durante el primer trimestre del curso se está desarrollando en este Centro un temario sobre "Momentos culminantes en la historia del pontificado", cuya finalidad es refrescar ideas en los propagandistas respecto a la institución del Papado, puesto que, siguiendo la orden dada en Loyola, han de dedicar su acción a divulgar las ideas pontificias de modo principal. El desarrollo de dicho temario concluirá en el mes de enero.

Alternando con las ponencias del mismo se han celebrado también algunos Círculos de Estudios de carácter informativo, como el destinado a conocer "la actual situación de Polonia", "La fórmula americana del intercambio de noticias", "Panorama de la vida católica en Eslovaquia", etc.

En la segunda parte del curso se desarrollará el siguiente temario:

1. "Jaime Balmes, político: El ambiente de la época. Etapas de su actuación." Ponente: don Carlos Leguina Juárez.

LOS CISMAS

Don Fernando MARTÍN - SANCHEZ JULIA: Continuando el temario sobre la Historia del Pontificado nos va a hablar Sánchez Bella de "Los Cismas", de esos instantes de ruptura en que se han separado del seno de la Iglesia a veces legiones enteras de cristianos antiguos.

Don Alfredo SANCHEZ BELLA: En este mundo tremendo y desolado en que vivimos resulta sumamente curioso y



Sánchez Bella

aleccionador contemplar — desde esta tierra española, "martillo de herejes, luz de Trento, cuna de San Ignacio", como gustaba llamarnos Menéndez y Pelayo, desde esta atalaya de la fe y de la fidelidad a unos principios que han sido por regla general normativos de toda nuestra Historia—el des-
envolvimiento de la vida de la Iglesia, constantemente turbada y atacada por una serie de problemas de toda índole, de tipo externo e interno, a los cuales ha tenido que combatir en defensa siempre de la ortodoxia, y que han servido para mantenerla segura en sus principios, fiel en su línea, hasta establecer lo que siempre ha sido la divisa más notoria de la misma: el calibre, la ponderación, el equilibrio, la justa medida entre los extremos contrapuestos.

Plan del tema

El tema es desorbitado para narrarlo en una hora y existe el peligro de detenerse en un aspecto y entretenido con él quedar sin tratar los demás, o, al contrario, ir tocando cosas y más cosas, como quien salta de piedra en piedra, en el cruce de un vado, sin apenas profundizar en ninguna. En vista de ello

rez, abogado fiscal del Tribunal Supremo y abogado del Estado.

2. "Balmes y las instituciones políticas (poder, formas de Gobierno, democracias)." Ponente: don Antonio Melchor de las Heras, abogado del Estado.

3. "Ideario de Balmes sobre la nacionalidad española (Patria, nación, región)." Ponente: don Gregorio Santiago Castiella, secretario general del Consejo Superior de Protección de Menores, miembro de la Junta de Gobierno de la Real Academia de Jurisprudencia.

4. "Pensamiento católico-social de Balmes." Ponente: don Alberto Martín Artajo, secretario general del Consejo de Estado, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

5. "Donoso Cortés. El español y el europeo." Ponente: don Jesús Rodríguez G. de los Salmones, agente de Cambio y Bolsa, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

6. "Aparisi y la tradición nacional." Ponente: don José María Mayáns, conde de Trigona, abogado, vocal del Consejo Superior de Protección de Menores.

7. "Cánovas. Su preparación doctri-

Por D. Alfredo SANCHEZ BELLA

he preferido—llevado un poco de mi profesión histórica—mostrar a los ojos de los aquí presentes el panorama esquemático de la historia de la Iglesia y dentro de él trataré de esbozar este proceso, porque entiendo que el fin perseguido por el Círculo, más que tratar el tema en forma exhaustiva, es mostrar los puntos culminantes de la historia de la Iglesia, las épocas de crisis que en cuanto institución humana tuvo, los choques y las luchas que ha soportado en esos momentos, las reacciones, los ataques y los movimientos ideológicos surgidos dentro y fuera de la Iglesia misma, y, en medio de esa inmensa baraunda de cosas, procuraré establecer la línea continua, el cordón umbilical, que se ha seguido en todos los momentos difíciles que a lo largo de su extensa y sobrenatural existencia tuviera.

El ciclo de "formación de la Cristiandad"

Por tanto, podemos decir que la historia de la Iglesia se desarrolla con arreglo a unos ciclos fundamentales. Desde el año 1 al 500, es decir, desde la venida de Cristo al año 500, podríamos decir que es el "período de formación de la cristiandad". Desde el primer momento esta cristiandad se ve sometida a mil dificultades, a luchas y problemas, entre los cuales podríamos citar: las que le oponían los judíos, en cuyo ambiente había nacido y donde tuvo su primer desarrollo. Junto a esta lucha inicial con los judíos, tuvo en seguida que pelear la Iglesia contra los poderes del Imperio romano, los cuales, guiados por el odio, y otras veces por prejuicios populares, trataron con su inmenso poder de ahogar a la Iglesia. Un tercer enemigo fué la conjuración de la filosofía antigua junto con la religión pagana que, al ver desaparecer su prestigio, trataron de reorganizarse y de levantar toda clase de obstáculos al avan-

nal. Su acción política. Ponente: don Rafael Marín Lázaro, abogado, miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

8. "Vázquez Mella. Verbo católico de España." Ponente: don Manuel de Bofarull, miembro de la Junta de gobierno de la Real Academia de Jurisprudencia.

9. "Maura: La dignidad del poder público y el deber de la sociedad española." Ponente: don José María Soler y Díaz Guijarro, miembro de la Junta de gobierno de la Real Academia de Jurisprudencia.

10. "Menéndez y Pelayo. Su obra, su misión, su ideario." Ponente: don Enrique Sánchez Reyes, director de la biblioteca "Menéndez y Pelayo", de Santander.

11. "Menéndez y Pelayo. Grandes conceptos nacionales expuestos en sus libros." Ponente: reverendo padre Angel Herrera Oria, presbítero.

12. "Conclusiones sobre un ideario común." Ponente: don Fernando Martín-Sánchez Julia, ingeniero agrónomo y geógrafo, presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

ce del cristianismo. Finalmente, el cuarto y más grave enemigo, ya en estos primeros años de formación de la cristiandad, el enemigo más peligroso, procedía de su propio seno: eran los hijos disidentes, que trataron de torcer el camino de la Iglesia, dando una interpretación falsa a la doctrina de Cristo.

A la violencia, opuso la Iglesia la constancia de sus confesores y mártires, de los que hubo una pléyade maravillosa en los años del Imperio Romano; a las armas intelectuales de los filósofos paganos, las de sus apologetas y teólogos y a las de los herejes, la fortaleza y clarividencia de sus pontífices y doctores.

Las primeras herejías

Desde el primer momento aparecen errores y herejías en el seno de la Iglesia. La doctrina de los Apóstoles forma la base del desarrollo de la Teología católica, y los que disientan de ella se declaraban, por eso mismo, separados de la Iglesia. Desde un principio se distinguió entre "herejía" y "cisma". Lo primero envolvía error dogmático contra lo expresamente declarado por la Iglesia; lo segundo, significaba solamente insubordinación contra su autoridad suprema. Poco a poco y de manera paulatina la Iglesia fué imponiéndose a todas estas disidencias, a todos estos problemas internos, ganando todas las batallas y superando los ataques continuos, hasta el punto que en unos pocos deceneos, en el año 500, la Cristiandad estaba ya formada y cuajada; había triunfado la unidad de la Iglesia.

El "Sitio a la Cristiandad"

Del 500 al año 1000, otro período de cinco siglos, constituye lo que ha dado en llamarse la "La Edad Oscura" o "Sitio a la cristiandad". A lo largo de estos quinientos años, el Imperio greco-romano, ya transformado por el catolicismo, estuvo en peligro de destrucción a manos de enemigos externos; toda una serie de fuerzas, desde los piratas normandos del Norte a las hordas bárbaras del Este, trataban de aniquilar aquel mundo romano donde se había levantado la nueva y naciente doctrina. El punto culminante de la marea acaece en el siglo IX, durante el cual se intenta en forma denodada pisotear nuestra herencia, quemar nuestros altares, suprimir la misa y extirpar el nombre cristiano.

En el Oeste la Iglesia, bajo la autoridad directa del Patriarca occidental de Roma y de la liturgia latina, acabó por domesticar a todos sus enemigos (piratas escandinavos, mogoles paganos, eslavos, etc.) y hasta logró incorporarlos a una nueva civilización cristiana más amplia.

En el Sudoeste ocurrió, sin embargo, algo muy distinto. Contra la parte del Imperio que hablaba el griego, directamente gobernada desde Constantinopla, el peligro asumió la forma de un movimiento repentino y entusiasta, a la vez religioso y militar. Una ola de jinetes del desierto, armados y pertrechados hasta los dientes, irrumpe sobre Siria, Mesopotamia y Egipto; se extiende a todo lo largo de la costa, cruza el Estrecho, atraviesa España y no se detiene ni aun ante los Pirineos,

formando desde Constantinopla a Poitiers, los brazos de una inmensa tenaza que intenta ahogar al mundo cristiano de entonces. El ímpetu de la fe mahometana, que las fanáticas lanzas musulmanas arrastraban tras de sí, no era un movimiento pagano, sino que, de una herejía, que es lo que en realidad fué en sus comienzos, pasó a ser virtualmente una nueva religión y un nuevo tipo de sociedad: El Islám, llamado a instalarse con carácter definitivo en la mayor parte de los territorios que por entonces conquistara.

La "unidad" y la "estirpe" como defensas

El peligro en esta edad oscura o época de hierro de la Iglesia es grande, puesto que el ataque es general y procede de todas las fronteras. El éxito de la predicación de Mahoma fué extraordinario, y las dificultades que impuso, extremas; pero esto sirvió también para solidificar a la Cristiandad, pues ante el continuo peligro en que se encuentra la Iglesia, ya organizada y pujante, se ve precisada a encerrarse dentro de sí misma, a tener más conciencia de unidad, hasta adquirir el "temple" necesario. Como muy bien dice Hilaire Belloc, la presión y el calor de la lucha consolidó a la Europa cristiana en el molde donde se había fundido. Consolidó asimismo a nuestra sociedad y le dió esa forma que había de resultar vigorosa y perdurable, preparándola para la gran expansión de la verdadera Edad. Por eso digo que estos quinientos años de lucha sirvieron para que, de una vez, aquel antiguo Imperio romano, assolado por las turbas bárbaras y por las hordas que se trasladan procedentes de los países germánicos, vuelva otra vez a tener conciencia de sí, desarrollando tres características que estamparon su marca sobre la naturaleza europea hasta mucho después que desaparecieron las condiciones de sitio, ya que perdura casi hasta el Renacimiento y aun después. La primera de estas características la constituía "un profundo sentido de la unidad cristiana", simbolizada por la misa latina y por el patriarcado occidental, a la cabeza del cual estaba el Obispo de Roma, el Papa, en cuyo cetro residía no sólo la unidad, ni siquiera la fe, sino también la cultura, la filosofía, las costumbres y la vida toda, pues que abrazaba por igual a todos aquellos pueblos herederos del antiguo Imperio romano, el cual había sido asimilado por la Iglesia misma.

Una segunda faceta de estos siglos consistió en el "desarrollo de una casta noble", en la aparición del concepto de la "sangre" o la "estirpe"; de una casta social cuyo guía fundamental es el servicio, la idea del deber; esta clase era la que ejecutaba el trabajo más arduo y peligroso para la comunidad. De ahí surgió el concepto de considerar al hombre con armas y a caballo como un ser aparte, superior por naturaleza propia, al resto de la humanidad.

La tercera característica del sitio a la Cristiandad durante este "temple" de los hombres cristianos, consistió en la casi imperceptible "emancipación de aquellos que habían sido esclavos", que en una profunda y paulatina reforma acaban por convertirse en siervos y en libertos, suavizándose las relaciones del señor y del esclavo, y lográndose lo que jamás pudo ser concebido en el mundo antiguo: la noción colectiva de pertenecer a un mismo "genus humanum" a

una misma comunidad regida por una sola cabeza, desde el ser más infimo al más encumbrado.

La "Edad de Oro" de la Iglesia

Como iba diciendo, esta Edad Oscura o edad de hierro de la Iglesia pudiera situarse entre el siglo VI al X. Desde el año 1000 al 1500, la Iglesia entra en una etapa nueva de intensa actividad; la cristiandad comienza a avanzar segura de su fuerza y los frutos tan pacientemente sembrados alcanzan su plenitud total y victoriosa. El conjunto de este período cubre más o menos quinientos años, desde algo después del año 1000 hasta algo después del 1500 y es, en verdad, a ese largo período de quinientos años a lo que se ha aplicado generalmente el nombre de Edad Media, aunque más propiamente pudiéramos llamarla Edad de Oro de la Iglesia.

Esta Edad de Oro de la Cristiandad tiene en cada uno de sus siglos una serie de diversas características. Los primeros trescientos años es lo que puede llamarse con propiedad la Edad áurea auténtica, porque fué entonces cuando las virtudes de la civilización medieval culminaron y sus características se acusaron con mayor vigor. El momento cumbre acaece del siglo XIII al XIV.

El siglo XI se caracteriza por la conversión de los bárbaros y de los invasores escandinavos y el éxito de la primera gran Cruzada: es el momento del establecimiento de la autoridad papal, que centraliza la iniciativa de los Estados cristianos. El orden religioso, que se extiende por toda la Cristiandad, llega a Roma, e Hildebrando sintetiza el Poder. Se originan entonces movimientos confusos de rebeldía que, en fin de cuentas, no son sino síntomas de vida superabundante.

El siglo XII nos muestra la fundación de todas nuestras grandes instituciones: los Parlamentos, las Universidades y otras más; es el triunfo del gótico, el tipo de las grandes catedrales de este período; es también el momento de máximo triunfo del poder papal, el instante en que empiezan a nacer las nacionalidades. Sigue a éste el más grande de los siglos, el XIII, que podemos situarlo entre la batalla de Muret o la decisiva victoria de las Navas de Tolosa; el siglo de Santo Tomás y el triunfo de la escolástica, la cúspide de la literatura medieval, representada por el Dante; el de los monjes; el de Santo Domingo y San Francisco. Es el momento en que se intenta también el máximo esfuerzo para lograr una concepción del Estado. Tiene un fallo, y es el fracaso de la cuarta Cruzada, que trae como consecuencia la imposibilidad de reconciliarse la Iglesia de Oriente con la de Occidente.

Los siglos XIV y XV, como decía, son ya momentos de decadencia en esta culminación: parece como si el cuerpo de la Iglesia hubiera perdido una cierta flexibilidad para extenderse una vez que había alcanzado la máxima perfección y poderío. Se establece otra vez la escisión del papado, y con ello queda lacerado el cuerpo de los pueblos cristianos por las continuas luchas y problemas internos y molesto extraordinariamente por un problema hondo, que viene corriendo desde el siglo XIII a desembocar en el llamado Renacimiento, que, como dijo muy bien Menéndez y Pelayo, en un primer momento, no fué más que una "sonrisa del mundo cristiano". Pero el Renacimiento, al no saber integrar la sabiduría antigua y las ansias nuevas en un todo orgánico, tal vez por no dis-

poner de un San Agustín o un Santo Tomás; al carecer del hombre que supiera coordinar y meter dentro del cuerpo de la doctrina de la Iglesia las nuevas teorías y las nuevas corrientes de ideas que amenazaban en herejía, produjo la gran ruptura en Occidente, el gran cisma y la separación paulatina del cuerpo de la Iglesia de millones y millones de hombres que hasta entonces estaban unidos a ella.

Carácter del llamado Renacimiento

Desde entonces, la Iglesia tiene también dos características bien marcadas: una es, frente a la Reforma protestante, la Contrarreforma, que llega hasta el siglo XVI y es un período de lucha incesante del Imperio español y de la Compañía de Jesús por restablecer una y otra vez la maltrecha unidad de la Iglesia. Todavía el triunfo parece posible y está a punta de lograrse en el XVII. La lucha, en contra de lo que se ha dicho, no era fácil para la rebelión y no se prolongó sólo durante ese período que se ha llamado de Carlos y Felipe. El forcejeo sigue incesante, y precisamente está a punto de lograrse el triunfo completo en tiempos de Felipe IV. Es el momento en que las dos ramas de la Casa Habsburguesa se ponen de acuerdo para ahogar la herejía, y a no ser por la insolidaridad de los pueblos cristianos, como decía Luis Vives, la victoria hubiera estado definitivamente por la Cristiandad, porque hubo un momento, al final de la guerra de los treinta años, que con tacto y cautela y con un poco de menos doblez por parte de Francia se hubiera podido restablecer la unidad perdida. Sin embargo, tras la derrota de la política europea mantenida por España, al fracasar aquel momento crítico, en que se veía claro y casi al alcance de la mano, tras Nordlingen, el triunfo de la Cristiandad, se establece un agónico descenso de posibilidades y la naciente y heterodoxa doctrina se impone cada vez de manera más ostentosa y más irresistible a los pueblos europeos, hasta el punto de ir sustituyendo a la auténtica Divinidad por otras falsas: es el momento de la exaltación del hombre sobre la tierra. Frente a aquella corriente medieval, simbolizada en el hombre que se inclina humildemente ante la Divinidad, viático máximo y apoyo único en su vida por la tierra, se alza ahora el hombre moderno, que aparece erguido y arrogante como la insolente figura del Colleone de Verrochio, que hiende el aire veneciano, simbolizando al nuevo eje del mundo, centro de todas las cosas, fuente casi de todo poder y energía. Es el hombre del Humanismo, que sabe la fuerza de su razón y de su brazo y ansía dominar, serenamente primero, con embriaguez fáustica luego, el mundo de la inteligencia y al mundo de la Naturaleza. Ya San Francisco, bien tempranamente, había iniciado esa reconciliación con la Naturaleza; pero el contacto con ella fué de amor, esto es, de hermandad y no de intelección, es decir, de poderío. La Gracia ya no forma un todo coherente con la Naturaleza, sino tan sólo se superpone, coronándola, a una razón casi suficiente por sí misma.

Consecuencias de la Reforma

El hombre asienta con pie firme sobre la tierra, pero su calcañar es vulnerable y por él penetran todos los gérmenes de su caída. La Reforma, que, por designio inescrutable, surgió en

aquel boyante y vivaz alborar del Renacimiento, supuso la subversión del orden psicológico natural de los actos humanos en lo tocante al problema religioso, y de rechazo, en cuanto atañía al cultural. Conocer—amar u odiar—, actuar; ésta es la norma. Pues bien: en lugar de colocar como base a la fe, que ya hemos visto fué en la Edad Media principio de conocimiento, situó a la duda, y este apartamiento voluntario de lo indemostrable dió paso a la acción. Esta primacía de la acción, trasladada a lo cultural, señala en la etapa siguiente la primacía y el apogeo de la ciencia experimental. Así se explica nitidamente que ciencia experimental y técnica cuajen al máximo allí donde los reformadores expandieron su influencia.

Tras dos siglos de vacilaciones y de dudas, en el momento de auténtica "crisis de la conciencia europea", tan bien estudiada por Paul Hazard, la nueva y confusa ideología se va imponiendo y cristalizando en formas nuevas que secularizan la vida toda. Primero son los idiomas nacionales los que dan señales de vida, luego es el nacionalismo en la cultura y la secularización del saber, gracias a la tenaz labor de una pléyade de grandes figuras de humanistas. Bacon fué el primero que rompió con la filosofía aristotélica y escolástica. La experiencia y el conocimiento de la naturaleza eran para él las bases de todo saber, pero en estas bases no incluyó la matemática. Fué Descartes quien unió la filosofía con las matemáticas. Su punto de partida fué la duda metódica, separando y distinguiendo la experiencia racional y la sensible. La razón y el yo pesante fueron el centro de su filosofía, gracias a la cual el inglés Hobbes fundó después una filosofía materialista en la teoría de los cuerpos.

Bacon, Descartes y Hobbes tienen de común el separar la filosofía de toda relación con la religión, a pesar de los cautelosos intentos de Descartes para no poner en contradicción su filosofía con la doctrina de la Iglesia. Por entonces sólo Pascal representaba una filosofía con cuño religioso.

La separación de la filosofía y de la teología iba unida a una "concepción puramente profana del Estado", que encontró su expresión filosófica en la doctrina política de Hobbes. Frente al estado de naturaleza, que es la lucha de todos contra todos, Hobbes encuentra como salvación el Estado nacido por contrato. En su obra "Leviatán", publicada en 1651, hizo Hobbes una defensa teórica del absolutismo, determinado en parte por las impresiones recibidas de la revolución inglesa. Sostiene la idea de la omnipotencia del Estado, pero fundándola no en base religiosa, sino simplemente políticas. Hobbes rechaza expresamente la monarquía por la gracia de Dios; también su exigencia de una Iglesia del Estado tiene fundamentos políticos y religiosos. En la literatura del derecho público comienza a abrirse paso también una concepción puramente profana del Estado, tanto en los partidarios de la "razón del Estado" como en sus enemigos. El neerlandés Grocio, para fundar el moderno derecho de gentes, arranca del derecho natural y establece un sistema puramente profano de filosofía jurídica.

Así, la evolución del arte y de la ciencia va paralela a la de la política. La victoria de la razón del Estado sobre las fuerzas confesionales va acompañada de una secularización en todas las esferas de la vida. Los hombres que representaban las nuevas fuerzas estaban

solos en su tiempo, y aun su personal destino testimonió muchas veces de ello. En las masas dominaba todavía la pasión confesional. Pero las fuerzas del mundo moderno, que en gran parte siguen hoy determinando nuestro destino, comenzaban ya a imponerse.

La revolución liberal avanza un paso más y hace del individuo renacentista un ciudadano a la vez que robustece la idea de nación. La antigua fe ha sido sustituida por los mitos del progreso indefinido y el de la libertad política; el primero, con la fe en la ciencia como secuela; el otro, con el estrambote de la fe en la democracia.

El hombre ha comenzado reafirmando la primacía de su razón, para terminar gloriándose de su exclusividad; pero como la razón, cuando está sola, no se mueve si no la impulsa el motor del instinto, ha parado en servir a uno de los tres instintos o a las realidades sociales que los traducen: el instinto de poderío, el genesiaco, cuyo trasunto social es la raza o el color y el nutricio, sobre el cual se asienta la realidad social de la economía.

En fin, esto es ya cosa casi de nuestros días. La Iglesia, pasado el empuje contrarreformista, permanece a la defensiva, y es precisamente en nuestro siglo cuando parece que la postración inicia un alto y se observan intentos por recobrar todo el pasado poderío de las almas, tratando de volver otra vez a iluminar al mundo, precisamente en el momento en que aquella herejía que surgió potente en un momento crítico para la Cristiandad parece que se encuentra a su vez en pleno descenso, aunque otras nuevas fuerzas y otros peligros no menos graves amenazan no sólo la expansión y el brote de este nuevo renacimiento cristiano, sino hasta su existencia misma como sociedad organizada.

Visto ya, aunque en forma superquemática, todo el proceso del desarrollo de la Iglesia, vamos a estudiar más detalladamente los momentos culminantes en que se producen los cismas, las convulsiones cumbres en el seno de la Iglesia.

Herejías medievales

La Iglesia en la Edad Media comienza, como dijimos, con el advenimiento del Papa León el Grande, en 440. Es el precursor, a siglo y medio de distancia, de Gregorio el Grande. Entre ellos se desarrolla el primer período de la Iglesia medieval y, gracias a ellos, se fija el eje general de la política romana en sus directrices esenciales: defensa y expansión de la fe, primacía y autoridad de la Santa Sede, independencia de los poderes civiles, influencia cada día más dominante sobre los pueblos bárbaros.

San León sucede a Sixto III, muerto en agosto del 440. Era toscano de origen, mas romano de nacimiento. Toda una gama de herejías se ofrecen ante aquel temperamento fuerte y animoso: **El arrianismo**, que negaba la divinidad de Cristo y hacía del Salvador la primera de las criaturas.

El maniqueísmo, que para explicar el mal de la creación, hacía reposar la religión según la dualidad de tinieblas y luz.

El pelagianismo, que negaba el pecado original y la necesidad de la gracia.

El priscilianismo, que habría la pueria al libre examen.

El nestorianismo, que distinguía entre la persona divina y la persona humana de Cristo y tendía a eliminar el misterio de la Encarnación.

San León combate a todos, apoyado por el poder temporal, simbolizado en

el emperador, y a todos vence. Pero en el gran combate se abre paso una nueva herejía: el monofisismo.

La herejía monofisita.—El Concilio de Efeso, en 431, había condenado a Nestorio, y San Cirilo había hecho prevalecer el dogma según el cual las dos naturalezas no constituyen más que un solo Cristo. Eutiques, queriendo explicar el pensamiento del santo, lo deforma. Sostiene que, después de la Encarnación, no hay más que una sola naturaleza en Cristo: la naturaleza humana es absorbida en la divina; pero, esta forma de comprender el problema viene a eliminar el misterio de la Encarnación. En suma: Cristo no es más que una sola Naturaleza y esto es lo que explica el nombre dado a la nueva herejía: el monofisismo. Con este motivo estalla una polémica en la Iglesia de Oriente.

El Concilio ecuménico convocado en Efeso para zanjar el apasionado debate fué viciado por un golpe de fuerza. El emperador Teodosio favorece a los monofisitas y detiene a sus rivales.

El Concilio de Calcedonia, de 451, fué una victoria completa para la ortodoxia y para Roma. Se eleva sin embargo a Bizancio por encima de los otros patriarcados orientales, cosa que no acepta San León. Sin embargo, el conflicto sigue y se complica con la llegada de Justiniano al trono, pues quiere ser el supremo maestro de la fe: es cesaropapista, y su idea se confirma con sus victorias y se enmaraña con la intrusión de Teodora, quien nombra a un papa: Vigilo. Con este motivo surge gran lucha en la Iglesia Oriental, que se ve amenazada por el cisma, crisis que fué salvada gracias a la unidad y a la tenaz posición de Occidente.

El monotelismo, que aparece poco después, puede ser considerado como una derivación de lo anterior. Según él, la voluntad de Cristo es una y en ella se confunden las dos naturalezas.

Todo esto no deja de ser una casuística inextricable, característica del espíritu griego, hija natural de los sofistas antiguos, agravada por contragolpes políticos, por las pasiones nacionalistas locales y por la absoluta incompreensión de mundo oriental con el occidental.

El Concilio de 680.—Para poner término a las encarnizadas luchas, el Emperador Constantino Pogonato reconcilia a griegos y latinos en el Concilio de 680 celebrado en Constantinopla. Se ha de aceptar que hay dos voluntades en Cristo, pero una está subordinada a la otra. Sobre todo, se reconoce que la sede de Roma jamás había fallado. Esto, más tarde, va a dar paso a la infalibilidad pontifical aceptada como dogma.

El adopcionismo es la herejía única de Occidente en este tiempo: Cristo, según ellos, no es más que un hijo adoptivo de Dios. Junto al tema central y preferido, Cristo, se discute también el problema de la Gracia. San Agustín había puesto en claro el principio de la predestinación. Más graves son los problemas sobre el Espíritu Santo. Se precisó que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; de ahí la fórmula del Concilio de Toledo, el "Filioque procedit", que es adoptado por la liturgia de la capilla palatina de Carlomagno. Los orientales, con su fórmula de que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, vienen a sostener, en definitiva, la misma doctrina que los occidentales.

La querrela iconoclasta encontrará a Occidente vitalizado por San Gregorio el Grande, unánime con el Papa y enfrentado en masa contra Oriente.

El tránsito del VIII al IX presencié

este drama de la prohibición del culto de las imágenes iniciado por el Emperador León Isáurico y continuado por sus sucesores, con alternativas de tolerancia y vigor. Juan Damasceno rebatió todas las razones y calumnias traídas por los enemigos de las imágenes, pero el Patriarca de Constantinopla, Anastasio, se puso al lado del Emperador. El daño que con ello se hizo a las obras de arte, fue inmenso. El Concilio de Nicea de 787 proclamó la licitud del culto de las imágenes y así se llegó a una fórmula aceptada por todos; pero, en 813 el nuevo Emperador León V el Armenio inicia otro período de terror.

El sínodo de Constantinopla del 842, convocado por la emperatriz Teodora, renovó las decisiones de Nicea y, poco a poco, se fue llegando a la verdadera paz.

Separación de la Iglesia Oriental

Pero todos estos continuos choques, aunque quedaran aplacados, iban marcando cada día más las diferencias entre orientales y occidentales. La cuestión de las imágenes, la formación del Imperio occidental, la discusión sobre el "Filioque" y demás pugnas, aumentaron la tensión en el siglo VIII. En el IX, el ambiente estaba preparado para una ruptura, que vino al fin, aunque no sin intensa lucha, merced, primero, al Cisma de Focio (857-886) y más tarde, desde 1064 en adelante, gracias a Miguel Cerulario. Fueron, pues, Patriarcas, fuerzas surgidas del seno mismo de la Iglesia oriental, quienes impulsaron el rompimiento y el cisma, segundo grave contragolpe que, tras la invasión árabe, la Iglesia sufría. Las ansias de poder del patriarcado oriental, su rebeldía a obedecer lo ordenado por Roma y la complacencia de los Emperadores, que gustaban de la vinculación de la jerarquía eclesiástica a su cetro, se encargaron de producir el gran cataclismo.

Y así llegamos al siglo XI. Como vemos, aun no había salido la Iglesia de las tinieblas. Bajo muchos aspectos, nuestra sociedad era todavía una sociedad semibárbara. Lo comprobamos mirando la escultura imperfecta, la ruda ornamentación que se intenta llevar a cabo y sobreponer sobre los antiguos capiteles del romano, o leyendo el espléndido pero áspero poema épico, la "Canción de Rolando" y observando cuán simples eran la estrategia y la táctica.

Fortalecimiento del poder Papal

El primer síntoma del cambio que se aproximaba fué la creciente centralización del poder en la Iglesia y el comienzo de un nuevo desafío a los abusos del gobierno laico. La Iglesia no sólo estaba centralizada sino que también reforzó y perfeccionó su disciplina del celibato. El Papado, que en Occidente no sólo era símbolo sino también, en cierto modo, la causa de la unidad, adquirió tanto vigor nuevo que sus enemigos le atribuían un cambio de carácter. Esto no era cierto, pero era un esfuerzo y desarrollo sin los cuales jamás habríamos alcanzado la alta civilización que debía venir.

El espíritu que presidía este cambio era el de una grande abadía benedictina, la de Cluny. El espíritu de esa abadía informaba al todo, y de Cluny salió ese gran Prelado cuyo nombre se asocia a la separación del Papado y de

la Iglesia del control laico: Hildebrando de Toscana.

A fines de la Edad Media, la institución del papado había pasado por un período malo. La acción de los emperadores sajones, que por entonces trataban de influir en Roma, no consistía en reformar; su propósito principal era el de rechazar el poder bizantino. Las familias romanas que se apoderaron del trono de Pedro estaban tan interesadas como los emperadores sajones en alejar el poder de Oriente.

El emperador de Constantinopla, que jamás había aceptado en realidad el título imperial de Occidente, hizo todo lo que pudo por mantener su poder en Italia y aun esperaba llegar a ser el jefe civil de toda la cristiandad, donde, a la larga, los Papas le obedecerían lo mismo que los habitantes de la Nueva Roma sobre el Bósforo. Fué contra esta influencia que actuaron los emperadores sajones y, de haber tenido éxito, hubieran hecho del papado una cosa germana. El sucesor de San Pedro habría sido nombrado por los reyes germanos, y el poder laico se habría afirmado más que nunca.

De esta amenaza fuimos salvados por la gran reforma Hildebrandina. La cosa se llevó a cabo, pero no sin lucha violenta. Hildebrando mismo, que de jefe consejero del Papado ascendió a Papa (San Gregorio VII), murió bajo la impresión de la derrota. Todos conocen el famoso grito "he amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso muero en el exilio". En realidad San Gregorio había triunfado, pues a favor del Papado nuevamente robustecido vino la fuerza de los normandos.

El advenimiento del Estado normando y su soldadesca es un episodio peculiar y conspicuo en los orígenes de la auténtica Edad Media e influye sobre ella durante tres generaciones. Después de lograr este efecto importantísimo, esa influencia normanda desaparece.

Los Albigenses

Otro síntoma de la nueva energía es lo que ha sido llamado con sutileza "El despertar de la gran curiosidad" (la frase es de Michelet). Era un movimiento intelectual no exento de peligro. Engendró el movimiento de los Albigenses, la primera de las grandes herejías que iban a poner en peligro nuestra Cristiandad reforzada; sin embargo, este movimiento era un síntoma de vida superabundante. Por primera vez desde el desastroso entusiasmo mahometano, los misterios de la religión fueron atacados, pero esta vez el ataque venía desde dentro.

El rito principal, la liturgia vital de la Cristiandad, el eje, si así puede llamarsele, de toda la fe en acción, es decir, el Santísimo Sacramento, era desafiado. El desafío está asociado con el nombre de un clérigo del norte de Francia, un nativo de Tours, llamado Berenguer. Empezó primeramente por racionalizar aquello que Mahoma, en violenta simplificación de la religión, había abandonado totalmente. El nuevo esfuerzo hereje no abandonó la presencia real, pero intentó modificar la doctrina sobre líneas racionalistas.

El grande y victorioso oponente de Berenguer fué el magno italiano Lanfranco, que era la mano derecha de Guillermo el Conquistador en Inglaterra, más tarde Arzobispo de Canterbury y el campeón del Sacramento del Altar. Fué de esta controversia que surgió, según todas las apariencias, lo que lle-

gó a ser uno de los actos característicos de la liturgia de la Iglesia de Occidente y de la misa latina: la Elevación. Lanfranco dió origen a la costumbre de hacer una pausa sobre la hostia inmediatamente después de la Consagración, elevándola ligeramente ante su faz para adorarla. Se cree que esto fué lo que originó, algún tiempo después, la Elevación en su forma definitiva.

Las Cruzadas

Al final de esta primera división de nuestro período, en el mismo siglo XI, sobrevino la manifestación más famosa de su joven y exuberante poder, las Cruzadas. Una nueva ola de barbarismo turca habíase adueñado del Oriente, incluyendo los Santos Lugares. La peregrinación allí, aun cuando el lugar estaba bajo el poder mahometano, había continuado, pero se hizo difícil. Una victoria turca de gran importancia había puesto en peligro la cultura cristiano-griega, llegando a las puertas de Constantinopla. La reacción a todo esto fué la Cruzada. Cientos de miles de guerreros acudieron al llamamiento del Papa Urbano II, que continuaba la tradición y la tarea de Hildebrando. Varios ejércitos, compuestos aproximadamente por 80.000 hombres cada uno, se reunieron. La suma total de esta fuerza formaba algo así como la tercera parte de un millón de hombres, acompañados quizás por un número igual de peregrinos, armados o semiarmedos; éstos cruzaron las tierras arruinadas y desiertas de Asia Menor, tomaron Antiocho, presionaron sobre Siria, y, finalmente, tomaron por asalto Jerusalén.

En el último año del siglo, los cruzados se habían apoderado de Jerusalén, del Santo Sepulcro y habían establecido un reino Latino-Cristiano, cortando casi por la mitad al mundo mahometano. Todas esas explosiones de nuevo vigor, la reforma de la Iglesia, las aventuras de los normandos, las cruzadas, inauguran las fuerzas de la Edad dorada y llenan el siglo XI con su energía e ímpetu.

El problema de las investiduras

Quizás la cosa más sorprendente en el siglo XII fué el aumento progresivo del poder papa. Había desafiado las maniobras laicas que caracterizaran la Edad Oscura. Había, como hemos visto, desafiado el tutelaje germano sobre la sede romana, y ahora, sesenta o setenta años más tarde, afirmaba con toda su fuerza la doctrina de la investidura de la Iglesia.

En ningún campo la lucha era más violenta. El antiguo derecho de la Iglesia de gobernarse a sí misma, de consagrar sus propios funcionarios, de formar una corporación libre, autónoma y coincidente con la cristiandad sufría grave ofensa ante la pretensión de controlar el poder clerical que animaba a los reyes locales, y especialmente al poder civil, al Emperador, jefe en última instancia sobre el norte de Italia y Germania. El Papado sostenía que, aun cuando los grandes Obispos y abates eran señores feudales, la Iglesia y sólo la Iglesia podía decidir en los asuntos eclesiásticos. Únicamente el Papa podía investir al Obispo candidato con su cometido. Pero, dado que toda la sociedad era ahora feudal, grandes obispos y abadías eran señores sobre masa de rentas laicas, o, lo que es más, podían disponer de fuerzas armadas cuando el rey hacía un llamamiento.

Por lo tanto, parecía esencial que el rey pudiera investir asimismo a los Obispos. En último término se llegó a una componenda. El poder espiritual investía a los candidatos con las rentas espirituales de sus sedes o abadías; el poder laico los investía con las rentas laicas. En la práctica, tanto el nombramiento como la investidura de esos poderosos funcionarios, recayó en particular sobre el Gobierno laico; mas, por otra parte, no podían ser nombrados sin el consentimiento del Papado. Y aquí, como en todo lo demás, el nuevo lazo contribuía a fortalecer la sede en Roma.

Con las instituciones de la Edad Media, creciendo de esta suerte en forma rápida, su vida gradualmente quedó asegurada, confiando en su propia fortaleza y orden. Después del año 1200 alcanzamos, en el siglo XIII, la época plena de nuestra fe.

Esplendor del siglo XII

Fué en el siglo XIII que la alta Edad Media llegó a su culminación. En ese momento fué cuando la cultura católica alcanzó, en el sentido civil de la palabra "cultura", su madurez. Probablemente fué el momento supremo o, de todos modos, uno de los más grandes momentos. Jamás había existido antes una sociedad fundada sobre bases tan sólidas y jamás hemos tenido desde entonces una sociedad tan bien fundada o tan compenetrada con la justicia. Una prueba de ello, si se necesitan pruebas de la grandeza de esa época, es la medida de la capacidad de los principales jefes públicos que la gobernaron: San Luis Rey, Fernando de Castilla, Santo Domingo y San Francisco, con sus nuevas Ordenes de frailes; Eduardo de Inglaterra; y en filosofía, que es lo que determina a todo, el nombre cumbre de Santo Tomás de Aquino. Este estableció durante esa gran época un cuerpo de doctrina y filosofía coordinada que ninguna otra época ha poseído. La medida de su obra y su valor cultural corren parejos. Parecía como si hubiera puesto un sello sobre la civilización, gracias al establecimiento de la razón certera, en el dominio de la filosofía y a la fusión del catolicismo con la sabiduría aristotélica, estructurando y dando normas permanentes a nuestra civilización.

Esta estructura no estaba destinada a colocarnos dentro de un régimen donde reinara la paz. Estábamos destinados a acompañar los cambios perpetuos de la evolución europea. El siglo XIII, que tenía conciencia (como efectivamente ha sucedido) de ser el principal momento de la Humanidad, padecía los males inherentes a nuestra mortalidad común, y, como consecuencia de ello, en los primeros años del siglo XIV comenzaba la decadencia. Sin embargo, teníamos algún derecho para jactarnos de una seguridad espiritual y política que había de establecerse aparentemente para siempre y de una civilización cristiana que debía perdurar indefinidamente. El último gran esfuerzo para destruir la sociedad cristiana desde dentro, el movimiento Albigense, había sido aplastado, y aquel poder, que era el principal enemigo exterior del espíritu de la Iglesia en Europa, el genio de Federico II el Emperador, "El asombro del mundo" (Stupor mundi), también fué derrotado.

Este siglo en su principio cometió un grave error, cuyas consecuencias aun sentimos en la aparente imposibilidad de reconciliar la Iglesia griega con la latina y la de dar cumplimiento a la unidad de ambas bajo el Papado. La

responsabilidad de este error irreparable recae en la expedición llamada equivocadamente la Cuarta Cruzada. Nominalmente, ésta partió para ayudar a Constantinopla y recuperar la Tierra Santa, que había caído en poder de los turcos. Pero el Gobierno de Venecia desvió este propósito, que estaba dentro de la verdadera tradición de todas las cruzadas, y, sin ayuda de ese Gobierno, la Cruzada no hubiera tenido medios de transporte. Constantinopla debía dinero a la República veneciana, que entonces era el Estado bancario de aquellos tiempos. Para recuperar esa deuda, Venecia utilizó el ejército de los cruzados, llevándolo al Bósforo contra la ciudad imperial. Los cristianos de Occidente, o sea los cristianos latinos, ganaron, impusieron la liturgia latina sobre los altares de la capital griega, oficiando una misa latina sobre el altar de la catedral de Santa Sofía, amenazando de esta suerte el rito griego. Pero habían herido el mundo de habla griega y el mundo del culto griego en el Oriente cristiano lo más profundamente que se podía herirle. Existe una sentencia tradicional en la cual esta animosidad violenta y justificada se expresa a sí misma: "Prefiero un diablo sobre el altar de Santa Sofía a un Cardenal romano pontificando allí."

A pesar de ese gran error, el siglo XIII fué, como le he llamado, una promesa de orden cristiano permanente gracias a la justicia. Fundó una concepción del Estado que parecía inconmovible: toda la sociedad, dispuesta de acuerdo a un estatuto; cada hombre, en su lugar y conociendo su lugar; la riqueza, asumiendo una función menos odiosa y aun noble gracias a la estabilidad y a su continuación en largas sucesiones; la propiedad, bien dividida de los que ahora eran campesinos casi libres, y las garantías acordadas por la Corporación y las costumbres de la aldea a los que ahora eran artesanos, completamente libres. Esta disposición reposaba sobre una jerarquía de funciones estrictamente ligadas al esquema feudal que satisfacía la conciencia política del hombre y que todo aquel cuerpo social organizado garantía mediante su fe vigorosa, cuyos funcionarios y el clero provenían de todas las fuentes de la sociedad.

Fases de la decadencia

La cumbre de la cultura medieval, época en que Europa alcanzó su expresión más auténtica, y cuando, probablemente, nuestra raza fué más feliz, estaba destinada a declinar. El más glorioso de esos tres siglos, el XIII, fué también el último. El cambio comienza poco después del año 1300. Fué un cambio trágico, pues implicaba la pérdida de todo lo que había sido nuestra felicidad y de lo que nos acercaba más a la perfección. La decadencia continúa durante dos siglos, desde el comienzo del XIV hasta el comienzo del XVI, y termina en el naufragio de la Reforma.

De este golpe la Cristiandad jamás se restableció por completo. Algo, como sabemos, fué salvado; la Iglesia católica sobrevivió y mantuvo en gran medida su jurisdicción sobre la mayor parte de lo que había sido la Cristiandad unida, pero Europa no había de conocer, de ahí en adelante, una cultura religiosa completa e indiscutida.

El orden de sucesión de esa decadencia espiritual está marcada por varias características. He aquí algunas de las más importantes:

Primera. La unidad, el principio mis-

mo de la vida para la cristiandad, es decir, la unidad de la doctrina y la unidad de la disciplina y de la organización en el plano religioso, quedó maltrecha.

Segunda. Como consecuencia de este proceso, la estructura orgánica de la Iglesia católica quedó debilitada.

Los Papas de Avignon

Los Papas dejaron Roma y se establecieron en la ciudad de Avignon. Esta, aun cuando no sujeta al rey francés de París, dentro del régimen feudal, formaba parte de la cultura francesa. Durante setenta años, esto es, durante el curso de la vida de un hombre, Roma quedó desierta. Una nueva corte papal, desarrollando un espíritu de intrincada finanza, apareció sobre el Ródano y uno tras otros los Papas en Avignon fueron elegidos entre hombres nacidos en Francia y que hablaban el francés.

Ese estado de cosas, la autoridad central y espiritual de la Cristiandad capturada por una provincia de la Cristiandad, no podía durar. No duró. Aparecieron Papas rivales y los príncipes de Europa dividieron sus homenajes entre esos pretendientes al Papado único.

Cuando dos fuerzas nacionales guerreaban entre sí, una seguía al Papa de Avignon y la otra negaba la autoridad de ese Papa y aceptaba la autoridad de un anti-papa. El escándalo no sólo era enorme, sino también de consecuencias profundas. Estas se hicieron sentir hasta en las raíces mismas de la Cristiandad, pues debe tenerse en cuenta que el ministerio del Papa era considerado como supremo, del mismo modo que si fuera a la vez el corazón y la cabeza de la sociedad cristiana. Sin embargo, los hombres guerreaban con el fin de proclamar debidamente a quién le correspondía ese título, aun cuando éste parecía haber perdido su principio de identidad. Esta baraunda ha sido llamada "el gran cisma occidental". Cuando por fin éste fué resuelto y la Cristiandad aceptó un solo Papa que subió al trono bajo el título de Martín V, el papado fué restablecido en su unidad, más había perdido grandemente su prestigio. Los Papas estaban otra vez en Roma, pero en peligro de convertirse en simples italianos.

Esto constituyó el primer estremecimiento de la unidad; el segundo fué motivado por el crecimiento de la conciencia nacional.

Orígenes del Protestantismo

Durante muchas generaciones este nuevo elemento no había de alcanzar cierto nivel en el que suele olvidarse el secreto de la unidad cristiana, pero a medida que ascendía el sentimiento nacional, desde los orígenes semiconscientes hasta determinar las fieras rivalidades que caracterizaron el fin de la Edad Media, la unidad cristiana se debilitó. Las Iglesias mismas tomaron un tinte nacionalista; las jerarquías locales no sólo eran hechura de los príncipes, sino que se convirtieron en cuerpos separados, desde luego, no en doctrina y disciplina, pero sí en hábito social, y así han permanecido desde entonces aun allí donde se ha conservado la unidad. He dicho que en segundo lugar la estructura orgánica de la religión se debilitó debido a algo así como un proceso de osificación. Si lo comparamos con la decadencia del cuerpo humano, ese proceso corresponde al del endurecimiento de las arterias: esa arteriosclerosis que caracteriza la vejez en

un cuerpo vivo. Vemos esto en tres de sus efectos principales: en el aumento de la superstición, en la desfiguración de la historia a través de las leyendas, y en algo mucho más grave, en la actitud asumida respecto a las rentas y donaciones para la religión. La mayor parte de la renta de la Iglesia continuaba empleándose debidamente para proveer al sostenimiento de la liturgia y de las iglesias, colegios, hospitales, escuelas, etc. Pero hacia fines de la Edad Media los hombres se habían acostumbrado al escándalo de las contribuciones religiosas o casi religiosas y las consideraban como una renta privada que podía emplearse ya para fines justos o para conveniencia personal. Fácil es de imaginar cómo crecía en la masa de los hombres (que eran pobres y a quienes la Iglesia debía socorrer, amparar y guiar) la ofensa provocada por este abuso. Su resentimiento fué la causa principal de la explosión que sobrevino.

Otro paso en el proceso de desintegración fué el crecimiento de la duda; la confusión y la incertidumbre en lo referente a las doctrinas aceptadas hasta entonces por toda la sociedad. Los nuevos descubrimientos físicos tuvieron mucho que ver con la propagación de este espíritu, aun los descubrimientos geográficos, que empezaron a medida que la Edad Media declinaba, ayudaron a turbar las mentes de los hombres sobre la naturaleza del universo, y por lo tanto sobre la doctrina, mientras que la corrupción en el clero turbaba la mente de los hombres sobre la validez de los sacramentos. Comenzó a sostenerse que un sacramento no era válido a menos que el hombre de la Iglesia que lo administraba estuviera en estado de gracia. De esto a decir que el poder sacramental del clero sólo era una ilusión, no había más que un paso. Esto era lo que estaba detrás del movimiento que en Inglaterra se relaciona con el nombre de Wycliffe.

Las dudas se extendieron principalmente en lo que se refiere a la presencia real, hasta que se propagaron a las grandes masas del populacho. Algo así como una tendencia universal hacia la herejía "estaba en la atmósfera", a medida que la Edad Media llegaba a su ocaso. Y aparejado a ella se desliza lo que parece ser el acompañamiento universal de la duda: la ilusión. Ya hemos mencionado el abuso de las indulgencias. La visitación y el culto de las reliquias, acompañado con pagos de limosnas, se asemejaban peligrosamente en la mente popular al concepto de una compra pura y simple: la compraventa del poder espiritual. Un gran número de misas ofrecidas a los muertos se mezclaba a esas ideas extravagantes. Mientras tanto aumentaban los estudiosos, y el crecimiento del espíritu crítico, desbarantando las leyendas y las supersticiones por todas partes, continuaba debilitando la estructura de la religión.

La última característica de la decadencia, mucho más que cualquier otra, es lo que ha quedado vividamente impreso en el espíritu de la posteridad. Hasta el presente es la que los enemigos de la Iglesia católica han destacado con más relieve. He aquí: a medida que la autoridad moral se debilitaba, aumentaba la sujeción mecánica.

Siempre ha sucedido así. El uso de la fuerza, el castigo, la amenaza y el temor son necesarios para el mantenimiento del orden y de las buenas leyes. Mas, en un sano estado de cosas, casi toda la fuerza de la autoridad es de

orden moral. Los hombres obedecen por que piensan que deben obedecer; porque sienten que la autoridad directora tiene derecho a hacerlo. A medida que se debilita la autoridad, los que la ejercitan recurren a la sujeción física, al castigo y al temor irracional de las consecuencias como método de administración. Esto es lo que sucedió hacia fines de la Edad Media. Únicamente se recurrió a la fuerza y bajo todas las formas contra la herejía, y no sólo contra la herejía sino también contra las murmuraciones que afectaban al poder del clero.

En otras palabras, habíase amontonado una buena cantidad de pólvora, y en cualquier momento un fósforo encendido podía provocar la explosión destinada a destruir la unidad cristiana.

La acción de Lutero

El momento decisivo pudo haber acaecido en cualquier tiempo en los últimos ciento cincuenta años de la Edad Media, desde los días de Wycliffe y de Huss hasta fines del siglo XV. De hecho, el momento que accidentalmente probó ser el origen del desmoronamiento final, acaeció a fines del año 1517, cuando un hombre elocuente, de espíritu confuso, pero de gran energía, un monje agustino llamado Martín Lutero, propuso someter a debate, en la Universidad de Wittenberg, toda la teoría de las indulgencias.

La ocasión era propicia debido al ofrecimiento de indulgencias que se hacía por toda Alemania acompañado de un pedido de limosna. Gran parte del dinero era destinado al nuevo edificio de San Pedro en Roma, pero mucho para beneficio de los especuladores. Mas la ocasión fué puramente accidental. En el estado de ánimo del momento, cualquier cosa pudo haber producido la catástrofe.

Alemania entera estaba violentamente convulsionada. En España y Francia, donde las indulgencias no se habían predicado ni propalado, la emoción era menos fuerte; mas entre los alemanes la exasperación había llegado al colmo. Desde luego, ello debía en parte al nuevo sentimiento nacional y racial, que había ido desarrollándose a medida que la unidad de la Edad Media decaía y, en parte también, debido al contraste que existe entre el alemán y el italiano. En lo fundamental era una anarquía, una protesta múltiple y fuerte, desprovista de todo principio positivo, excepto el ataque sobre el principio general de la unidad y sobre la organización jerárquica de la Iglesia; particularmente, en consecuencia, un ataque a las pretensiones, a la autoridad que el Papa reclamaba.

Considerado como movimiento puramente herético y negativo, mediante el cual una masa de opiniones divergentes y contradictorias tenían libre curso, el movimiento pudo haber sido menos destructivo, pero había detrás de él un poder que lo empujaba y que tenía gran eficacia: la oportunidad para robar.

En España, durante el siglo XIX, supimos también mucho de estas cosas y la eficacia de estas experiencias. Por entonces estaban los grandes establecimientos monásticos de Europa, cuyos miembros disfrutaban de sus rentas mientras que éstas existían.

El Papado era la autoridad central. Si se denegaba autoridad al Papado, la vasta riqueza de la Iglesia quedaba sin defensa ante el ataque y la expropiación. Este ataque sobrevino casi inmediatamente, en los primeros años de la gran rebeldía. Algunos cantones suizos, los más o menos independientes príncipes

seculares de menor cuantía, sobre todo al norte de Alemania algunas de las ciudades libres, como se las llamaba entonces (esto es, las corporaciones mercantiles de las ciudades comerciales), escuderos locales y pequeños señores cayeron sobre las donaciones de las casas religiosas, las de las parroquias y sobre todas las formas de rentas clericales, aumentando sus propias fortunas con ese procedimiento. Fácil es de imaginar la tentación que aguijoneaba a esos hombres, libres de todo poder gubernamental que les impidiera prodigarse en esa orgía de pillaje.

El esfuerzo calvinista

No obstante, puede decirse que la explosión no hubiera determinado efectos permanentes, de no haber aparecido, más o menos diez años después de la primera protesta luterana, un libro—y detrás de ese libro una mente—que habría de dominar todo el futuro de la rebelión contra la unidad católica.

Era un libro escrito de puño y letra por cierto hombre francés, cuyo nombre era Jean Cauvin, Calvin o Chauvin, en latín Calvinus, y a quien sus partidarios conocen por todas partes bajo el nombre de Calvino. Fué él quien levantó una "contra-iglesia" bien organizada y definida y, por lo tanto, capaz de expansión y permanencia. Estableció, como fundamento de la Iglesia, un sistema bien desarrollado, bien expuesto y bien asentado desde el punto de vista filosófico. Este sistema es asaz conocido y, por lo tanto, no necesita mayor explicación. Basta decir que reconocían sólo una voluntad en el Universo—la Voluntad Divina—, atribuyéndole no sólo buenas, sino también operaciones perjudiciales, y acentuó esa Majestad Divina de modo tan vigoroso hasta llegar a un punto en que las verdaderas relaciones entre Dios y el hombre perdían toda proporción; podría decirse que debilitó y hasta que negó el poder del libre albedrío en el hombre, subrayando más allá de la razón (pero con efecto poderoso) el papel de la predestinación. Las buenas acciones de los hombres, dado que procedían de algo que no era el libre albedrío, no tenían ningún efecto hacia la salvación del alma del hombre. Una nueva Iglesia, inspirada en esa doctrina general, se organizaba y esa Iglesia era la creación del espíritu de Calvino.

Esto era algo muy diferente de la anarquía de opiniones que hasta entonces se había desatado. Lo que hizo Calvino fué construir, y la cosa que construyó fué una poderosa contra-Iglesia altamente organizada, racional y perfectamente encuadrada dentro de una doctrina destinada a suplantarse y destruir la antigua Iglesia. Calvino no sólo fundó el alma del protestantismo en términos definidos y, por lo tanto, en forma permanente, sino que también dió al protestantismo la única estructura que éste haya tenido.

Obsérvanse dos características principales en el esquema planteado y erigido por este gran hombre, y estas características han tenido una repercusión muy profunda en el mundo moderno.

La primera de esas características es la que se refiere al concepto de la representación, revestido por la autoridad. La segunda es la doctrina social de la riqueza. Por un lado, Calvino es el padre de la falsedad parlamenaria que ha tardado tanto tiempo en morir y que aun sobrevive en ciertos lugares con dificultades; por otra parte, es el padre

espiritual de lo que puede llamarse "el evangelio moderno de la riqueza", la idea de que el valor de un hombre, aun su valor espiritual, está relacionado con su poder para acumular dinero. Cuán poderosas han sido esas dos ideas en el mundo moderno, cómo tuvieron su repercusión máxima durante el siglo XIX, es cosa que todos hemos podido contemplar.

Al considerar la repercusión política debida a Calvino, observamos que éste concibió un esquema de gobierno propio. Las unidades de ese esquema, las Iglesias consideradas por separado, elegían sus jefes entre aquellos que eran competentes para actuar en asambleas y decidir respecto a la disciplina de la Iglesia y a las reglas de la fe. Pero los jefes o ministros, una vez elegidos, tenían autoridad sobre sus electores. Aquí descansa todo el principio parlamentario, una parodia o falsa imagen de la democracia: un truco para hacer creer a los hombres que se gobiernan a sí mismos, una falacia en la cual es fácil caer, falacia ésta que considera lo representativo como identificado con lo representado. Todos sabemos a qué atmósfera de falsedad política este error ha conducido a las naciones del siglo XIX. Hoy en día sabemos aún mejor por qué y cómo se ha desmoronado la cosa.

Esto en lo referente a la creación política de Calvino: entraremos a considerar ahora su efecto social.

La repercusión social implícita debida a Calvino es indirecta, más no por ello menos fuerte. Al negar la eficacia de las buenas acciones, de la voluntad humana y de las abnegaciones, al dejar de lado, por inútiles, la doctrina y la tradición de la santa pobreza, Calvino abrió la puerta del espíritu al dinero. Santo Tomás había dicho algunos siglos antes que si los hombres abandonaban la idea de Dios como el bien supremo, tratarían de reemplazar a Dios por la idea (implícita, aun cuando no formulada explícitamente, más con gran efecto práctico) de que la riqueza material es el Dios supremo. Calvino nunca dijo, empleando tantas palabras, y en verdad, jamás pensó, que los hombres habrían de perseguir la acumulación de la riqueza, más derrumbó las barreras que el Catolicismo había levantado contra esa peligrosa fuerza.

Calvino mismo hubiera dicho con toda sinceridad y celo que la gloria de Dios es el único objeto digno de la actividad humana, pero como estableció un distinguido entre esta actividad y el poder de salvar el alma individual, ¿qué podía quedar sino la prosecución de los ricos?

Calvino comenzó predicando en su país nativo, Francia, y allí lanzó su primer llamamiento en una importante carta dirigida al rey francés.

Acusado inmediatamente de herejía, se unió a los reformadores suizos, convirtiéndose en el Jefe de la República independiente de Ginebra y quedando para siempre su nombre asociado a esa ciudad.

No es ya misión nuestra el ir abocetando los procesos paulatinos de desintegración que Europa sufrió con motivo de esta nueva herejía y los incalculables males que para todos sobrevinieron con motivo del cisma. El desgarramiento que en el lacerado cuerpo de la Iglesia hizo fué terrible y las consecuencias aun hoy mismo se tocan. Puede decirse con propiedad que casi todas las grandes convulsiones políticas que Europa ha tenido desde entonces se han

ACTIVIDADES DE LOS CENTROS

PAMPLONA

Este pequeño Núcleo, que ya el año pasado volvió a dar señales de vida, muestra este año deseos de superación, y aunque ha tenido bajas sensibles por traslado de residencia de dos de sus destacados miembros, los señores Escobar y Ubillos, que respectivamente han ido a fijarla a Salamanca y Segovia, se ha visto incrementada por la asistencia de nuevos invitados, gente joven, bien preparada y de excelente espíritu, destacándose un grupo de cinco catedráticos de los Institutos de Enseñanza Media de la localidad.

Hizo este curso en sus primeras reuniones el temario para todo él, cumpliendo el grato deber de someterle a la consideración del Prelado diocesano, del que mereció frases de elogio, alentando a todos a desarrollarle con el mayor entusiasmo y ofreciéndose cariñosa y paternalmente a presidir alguno de los Círculos.

Celébranse éstos todos los jueves en los locales de Acción Católica con una asistencia media de nueve de los catorce que actualmente integran el Núcleo.

Hasta ahora se llevan desarrollados

realizado con el deseo denodado y tenaz de sus directores por restaurar aquella maltrecha unidad perdida.

De entre todos los momentos graves: el mahometano, la escisión de la Iglesia Oriental con la Occidental, la herejía Albigense, la dualidad del Papado entre Roma y Avignon, etc., es la Reforma la que ha tenido consecuencias más hondas. Se han llamado éstas: nacionalismo totalmente secularizado, ilustración, liberalismo, progresismo, ley de los derechos del hombre, positivismo, socialismo, estatismo, comunismo, en fin; esto, por lo que hace a los movimientos surgidos, llevando implícitamente ideas cristianas dentro, aunque en la realidad actuando como si carecieran de ellas. Por lo que hace al proceso interno de la Iglesia, también ahora se ha tenido que debatir ante enemigos poderosos que en los últimos siglos se han llamado: filosofismo, jansenismo, regalismo, episcopalismo y, por fin, en los albores de este siglo, el modernismo, que tendía a reformar la Iglesia por medios puramente humanos, por una mezcla de agnosticismo, de simbolismo evolucionista y de pragmatismo. Hablando de un "Cristo histórico" distinto del "Cristo de la fe", propugnaban la emancipación de la ciencia, del estado, de la conciencia privada; anhelaban la reconciliación de todos los hombres: en fin de cuentas, bien visibles eran las influencias del liberalismo; ateísmo, en suma.

En 1910, tras el decreto "Lamentabile", de Pío X (1907) y de la encíclica "Pascendi", del mismo año, el movimiento fué aniquilado por completo.

Y así llegamos a los tiempos presentes, en los que, como decía anteriormente y no tenemos tiempo para más, de acuerdo con la historia que acabamos de glosar, no nos queda, en la hora en que vivimos, más que renovar el fervor católico y estar en posición de ataque y no a la defensiva, único medio de alcanzar de nuevo la iniciativa que en tiempos dolorosos y tristes nos fuera arrebatada.

los temas "Mystici corporis", por el señor consiliario don Pablo Gurspide; "La sociedad, su naturaleza y relaciones de ella con el individuo", por don Rafael Gamba; "Personalidad internacional de la Santa Sede", por don Martín Galán, y "La propiedad, su contenido y limitaciones", por don Angel Villar.

La organización de la Sección de San Pablo es uno de los anhelos del Núcleo, que es de esperar sea pronto una realidad.

VITORIA

Continúan normalmente las actividades del Centro, de acuerdo con nuestro reglamento y siguiendo las orientaciones consignadas en las Conclusiones aprobadas en la Asamblea de Loyola.

El excelentísimo y reverendísimo señor don Carmelo Ballester, Obispo de la diócesis, tuvo la delicadeza de recibir en audiencia especial a los propagandistas, cambiando amplias impresiones sobre los proyectos y trabajos del curso, que aprobó y bendijo, dando orientaciones concretas en orden a la mayor eficacia de los Círculos de Estudios.

Estos funcionan con regularidad y nutrida asistencia, habiendo aceptado este año la dirección de los Círculos el celoso e inteligente profesor de Filosofía y Sociología del Seminario diocesano doctor don Gregorio Rodríguez de Yurre.

Existe el propósito de constituir en breve la Sección Económico-social, recogiendo así la recomendación que a este propósito se hiciera en la última Asamblea general.

Ha dado comienzo el primer ciclo de conferencias sobre "Bases para un nuevo orden internacional", asistiendo selecta concurrencia de profesionales vitorianos, que han recibido con gran interés la iniciativa del Centro.

La prensa local, que ha publicado integramente el programa de las conferencias, dedica diariamente un lugar preferente del periódico para dar cuenta de dichos actos.

El temario del Círculo de Estudios de este curso es el siguiente:

Director: don Gregorio Rodríguez de Yurre, profesor de Filosofía y Sociología del Seminario diocesano.

Temario

1. "Naturaleza del trabajo. La mano de obra no es una mercancía".
2. "Relaciones entre el capital y trabajo".
3. "El salario familiar: a) Diversas doctrinas sobre el salario: liberal, marxista, cristiana; b) Situación española; c) Diversos medios de llegar al salario familiar".
4. "Subsidios familiares y seguros sociales".
5. "Viviendas obreras".
6. "El trabajo de la mujer y del niño".
7. "Educación y enseñanza profesional de los niños obreros".
8. "Derecho del obrero a la defensa de sus derechos".
9. "Función social de la propiedad".
10. "Las raíces espirituales de la cuestión social".